

en la vivienda del rector, donde ya vivía san Josemaría con su familia y algunos de los primeros del Opus Dei. Para el relato de estos hechos, Comella ha contado con las fuentes procedentes de las religiosas y con la documentación de san Josemaría. Por fin, las religiosas pudieron instalarse en la vivienda del rector, en el verano de 1939, cediendo san Josemaría sus derechos, sin retribución alguna, mientras él fuera rector. Concluye el capítulo con la renuncia al cargo, en 1945, y la relación de la visita que san Josemaría hizo al monasterio de Santa Isabel en 1972.

El libro ofrece una cronología que va de los años 1931 a 2007, teniendo más extensión el periodo comprendido entre 1931 y 1945. Se añade una relación de las fuentes citadas y un apartado documental titulado *Transcripción de textos*, agrupados en tres bloques: documentos relacionados con san Josemaría; documentos relacionados con el Real Patronato de Santa Isabel y la relación de religiosas citadas y vinculadas al Patronato de Santa Isabel. Un apéndice fotográfico completa el trabajo.

Constantino Ánchel

Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ – Fernando DE MEER LECHA-MARZO, *Rafael Calvo Serer: la búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Madrid, Rialp, 2010, 304 pp.

La obra que nos ocupa trata de un capítulo de historia cultural española: los cincuenta años que van de los años treinta a los ochenta del siglo XX. Su protagonista es un profesor universitario de lo que hoy llamaríamos Historia de las ideas políticas, aunque entonces se le llamara Historia o Filosofía de la historia. Es un arco amplio e interesante: desde la época de formación de su protagonista –el joven militante católico valenciano Rafael Calvo Serer (1916-1988)– en los años de la Segunda República española, hasta la de su retiro y fallecimiento, en los años de gobierno socialista, completada la transición a la democracia.

En realidad hay dos libros distintos en esta obra. Un texto breve, claro y denso de Antonio Fontán Pérez (1923-2010) –el estudio introductorio– explica la entera biografía de Rafael Calvo Serer. Tiene el tono del amigo que atiende una deuda de gratitud. Fontán compartió ilusiones, tareas y proyectos con Calvo. Algunas empresas políticas de Fontán llegaron a buen puerto (fue el primer presidente del Senado tras las elecciones de 1977 y ministro en el gobierno Suárez en 1979-1980), mientras que a Calvo la vida le trató de otro modo: «A nadie se le han pedido en España tantas explicaciones sobre su evolución ideológica y política desde el decenio de los cuarenta hasta el de los setenta, como a Rafael Calvo Serer» (p. 66), escribe Fontán sobre su amigo. Su estudio preliminar es otra explicación, cordial y sentida.

Tras esa clarificadora introducción llega el estudio de Onésimo Díaz y Fernando de Meer, dedicado a los años 1954-1988, cronología justificada por la existencia de otra obra de Díaz que se ocupa de los años anteriores (*Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, 2008). Su trabajo tiene un estilo fuertemente descriptivo y contenido, como si quisieran

evitar toda narración, todo lo que no sea presentación de los hechos y de los textos. La imagen que emerge de estas páginas es un Rafael Calvo prolífico en acción y escritura, inquieto, viajero, combativo y soñador; un hombre muy bien relacionado que estudió y frecuentó a buena parte de los pensadores más destacados de su tiempo en Alemania, Inglaterra, Francia, México y Estados Unidos; un intelectual que trató de crear una masa crítica de pensamiento y divulgación que ayudara a construir una España y un mundo mejor. Porque, además de relaciones intelectuales y académicas, mantuvo otras intensas de carácter político: con el heredero del trono español, don Juan de Borbón, y su entorno, con el general Franco, con el almirante Carrero –mano derecha de Franco–, con el senador, vicepresidente de EE.UU. y candidato demócrata a la presidencia Hubert Humphrey, con el dirigente comunista español Santiago Carrillo, etc.

La obra tiene interés para los lectores de *Studia et Documenta* a pesar de que las alusiones al Opus Dei sean contadas. Cuatro, si no me equivoco. La primera, en el texto de Fontán, para informar de cómo conoció Calvo a san Josemaría en 1936 y su reencuentro durante la guerra en 1937 (pp. 22-23 y 29). La segunda viene al caso por una de las polémicas surgidas con motivo de los escritos de Calvo. Los periódicos más difundidos de la cadena de prensa del partido único franquista –la *prensa del Movimiento*– lanzaron una dura campaña de acusaciones políticas contra el Opus Dei en 1966 que fue motivo de una carta de san Josemaría al ministro responsable, José Solís Ruiz, defendiendo la libertad de Calvo y los demás miembros del Opus Dei en cuestiones temporales, y negando la implicación de la institución en esos supuestos ataques al régimen. La tercera es cinco años posterior, de 1971. Con motivo de las disensiones internas en el periódico del que Calvo era entonces editor –*Madrid*– el profesor se había enfrentado con otros propietarios de la cabecera que no pensaban como él. Alguien difundió la especie de que había una escisión en la Obra. Calvo salió al paso indicando que nunca había sido ni pretendía ser ideólogo del Opus Dei, que no tenía responsabilidades de gobierno en la institución y que «no [tenía] sentido hablar de una fractura interna en la jerarquía del Opus Dei, basándose en el hecho de yo discrepe de otros socios de la Obra en asuntos políticos y profesionales» (p. 212). La cuarta tiene que ver con el ideario del diario *Madrid*. Para describir una de sus características, sus autores emplearon una expresión utilizada en una homilía por san Josemaría: «materialismo cristiano» (p. 270).

Pocas alusiones, pues, pero densas. Las dos primeras están ligadas a la vida de Rafael Calvo en el Opus Dei y a su relación con el fundador. Las otras, las de mayor relieve público, están asociadas a la vida política y cultural de la etapa franquista. La razón es clara: en ese periodo se desarrolló la mayor parte de la vida profesional de Rafael Calvo (y de los primeros miembros del Opus Dei en España). Antes, durante la República y la guerra, estaban casi todos, por su edad, en periodo de formación universitaria. Y después del franquismo, la normalización del sistema de opinión pública ayudó a terminar con la idea de que el Opus Dei fuera un grupo político o de presión: dejó de tener sentido identificar a los miembros del Opus Dei como tales cuando, los que lo deseaban, militaban públicamente en diversos partidos políticos. Este es un apunte de cronología cultural y política que ayuda a percibir y situar la

actitud y la libertad de pensamiento y acción con que actuaron los miembros del Opus Dei en España franquista de los años cuarenta.

La historia de Rafael Calvo y Antonio Fontán es, en efecto, una buena ayuda para comprender mejor esa cuestión. Los dos fueron jóvenes catedráticos universitarios en los años cuarenta; se mostraron próximos en ideas políticas, y formaron, con Florentino Pérez Embid (1918-1974) y otros, un grupo afín con intereses comunes en la vida pública, tanto cultural como política. Esto ha inclinado a algunos a pensar que en esos años los miembros del Opus Dei trabajan al unísono en proyectos culturales. En realidad no era así, cabe señalar diferencias, aunque parezcan de matiz. La razón está en que todos los miembros del Opus Dei en que estamos fijando nuestra atención tienen, en efecto, muchas cosas en común: son de la misma generación, de una extracción social muy semejante –los universitarios españoles entonces eran un porcentaje muy reducido–, han vivido la criba de la Guerra Civil que polarizó las opiniones políticas tendiendo a unificarlas, y son pocos. Además, como gente del Opus Dei, o mejor, como católicos dedicados a un trabajo intelectual, todos quieren contribuir a hacer, con su trabajo, un mundo más cristiano.

Quien examine de cerca ese conjunto de personas –y esto vale para las pertenecientes al Opus Dei, pero también para las otras que integran el grupo– advertirá –supuesto esos elementos comunes– diferencias de planteamientos y actitudes. Percibirá también que, en cuanto se avanza en el tiempo, su actividad se enriquece y diversifica y se hacen más claramente perceptibles las diferencias: unos son más pragmáticos y otros más teóricos; unos se convertirán en políticos y otros se mantendrán como polemistas o analistas. Entre los primeros, Antonio Fontán; entre los segundos, Rafael Calvo. Unos asumieron como campo de acción el mundo político franquista y ocuparon cargos públicos (Pérez Embid); otros no, porque pensaban más en el futuro, que «sería de aquellos que hubieran contribuido a la libertad posible» (p. 180), como fue el caso de Rafael Calvo. Unos vieron las cosas sobre todo desde España (la España de Franco, que entonces no había otra) y obraron en consecuencia –así Fontán o Pérez Embid–; otros, caso de Calvo, pasaron mucho tiempo viajando y reflexionaron sobre España desde fuera, y eso les hizo menos capaces de influir *de hecho* en la vida española, pero más clarividentes en algunos aspectos. Unos –Calvo o Fontán– querían hacer una cosa con el diario *Madrid*, otros –Valls– la contraria. Todos evolucionaron en su forma de entender las soluciones políticas. Este hecho, en alguien tan ligado a la reflexión sobre la actualidad como Calvo, fue especialmente cierto: de defender las *soluciones católicas* como alternativas a la democracia, pasó a señalar la democracia como el camino para alcanzar *soluciones católicas*. Pienso que este libro también demuestra que buena parte de ellos, y desde luego Rafael Calvo, pasaron de cultivar análisis esencialistas de la política, herederos de una forma de razonar de raíz alemana, a preferir las perspectivas más pragmáticas del pensamiento político anglosajón.

Esta diversidad, ampliamente reconocida en relación a los años setenta, tiene sus raíces en las actitudes que manifestaban en los años cuarenta, cuando participaban en

proyectos políticos o culturales compartidos. Desde esta perspectiva la trayectoria biográfica trazada en el libro ofrece una clave de interpretación histórica que los autores podrían tal vez haber resaltado más, pero que en todo caso resulta importante para captar las diferencias y la libertad de opinión que estaban presentes desde el principio.

De las páginas del libro emerge la imagen de un Rafael Calvo que fue sobre todo un diseñador de reformas, un hombre imbuido de espíritu regenerador, empeñado en hacer alumbrar una nueva cultura que hiciera posible, sobre todo en España, una nueva política, más justa, más humana, más cristiana. Convencido de que la raíz renovadora estaba en su fe religiosa, trató de conectar con cristianos empeñados en tareas semejantes, con un horizonte de reforma mundial propio de un soñador quijotesco. Lo sorprendente es lo mucho que logró, la cantidad de países que visitó con pocos medios, y las energías que movilizó para intentar concretar sus proyectos en obras. Ahí está el inventario de sus contactos: Friedrich von Hayek, Christopher Dawson, Jozef M. Bochenski, Alois Dempf, Wilmoore Kendall, Frederick Daniel Wilhelmsen, etc.

Algunos pensarán que fue una lástima que tanta iniciativa cultural no fuera acompañada de talento político, sino más bien de cierta torpeza, que le llevó a chocar con el poder establecido una y otra vez. Otros quizá entiendan que si hubiera sido capaz de acomodarse hubiera perdido su espíritu de búsqueda. Habrá también quien subraye cuánto se equivocó en algunas percepciones, pero eso no extrañará a nadie que haya hecho la experiencia de predecir el uso que los hombres harán de su libertad. Los que se inclinen por un balance pesimista habrán coincidido con el propio Calvo. Antonio Fontán escribe: «Hace mucho tiempo ya que el autor de estas páginas prologales decía a Calvo [...] que sus más queridos proyectos políticos y culturales [...] así como su leal fidelidad de cristiano [...] no fueron vanos [...] aunque él muchas veces viera las cosas de otro modo». Tres elementos señala Fontán como prueba de esa fecundidad: la valoración de Marcelino Menéndez Pelayo y su obra en la cultura española y mundial, la obra y la huella del diario *Madrid*, y el servicio político prestado por la monarquía a España en el último tercio del siglo XX.

Y para terminar, ¿qué decir de la huella de san Josemaría en este hombre? Destacaría ante todo su importancia. De san Josemaría procede un sentido cristiano del trabajo impregnado de mentalidad laical, que lleva a asumir siempre como propia la responsabilidad de sus ideas y actuaciones. De él también su amor a la libertad y al trabajo abundante. De él un modo de percepción intelectual que llama la atención por su amplitud y ambición. Y todo esto en el contexto de la plena libertad de pensamiento y de acción en las cuestiones profesionales, culturales y políticas que son connaturales al Opus Dei. Se comprende por eso que los autores del presente libro no hablen apenas de la Obra en un trabajo que se centra en la vida pública de Rafael Calvo Serer, aunque el conjunto de su vida –supuestas su personalidad, su formación y sus ideas– no se pueda explicar sin esa referencia íntima y sin el sentido de la libertad que esa referencia trae consigo.

Pablo Pérez López